

HORTON, Paul B., y HUNT, Chester L.: *Sociología*. Traducción y adaptación de J. M. López-Cepero. Ediciones del Castillo, S. A. Madrid, 1968. 542 págs.

Porque no consideramos disociadas, ni pueden estarlo, la sociología y la filosofía del Derecho, traemos a nuestro ANUARIO este reciente libro de sociología.

La sociología, que en sus inicios con Comte, quiso abarcarlo todo porque ella constituía el vértice de la pirámide de todas las ciencias, acaso por eso tuvo que quedarse sin un objeto determinado y a la impresión de su concepto siguió la mayor imprecisión aun de la determinación de su objeto. Todo lo comprendía la sociología, porque todo lo humano acaece en la sociedad que ella pretendía con exclusividad estudiar, y nada se dejaba a los «estudios», ya periclitados—según Comte—, religioso, teológico y metafísico.

Pero no sólo en sus comienzos, sino que el confusionismo ha seguido en cuanto a precisar el concepto y objeto de la sociología. Sin embargo, hemos de reconocer que esta nueva ciencia va avanzando en esos objetivos, o tomando de la filosofía—de la que no puede disociarse—sus principios, o renegando de ésta para convertirse en la «nueva sociología» con sus escalas y porcentajes, sus estadísticas, encuestas, etc., que hoy llenan los libros de sociología, como si ésta fuese el «refugio» de todo lo «scible». Lo cierto es que, de una u otra forma, la sociología desde su nacimiento hasta nuestros días trata de estudiar los hechos y fenómenos sociales relevantes, aun cuando, como ciencia que es, se quede en la mera constatación o presentación sin llegar a su valoración deontológica, esto sería ya filosofía, y la sociología (la contemporánea acaso más que ninguna otra, no quiere ser filosofía).

El libro que presentamos es, pues, una exposición científica de la sociedad, de la cultura y personalidad, de la organización social (grupos, asociaciones, instituciones sociales—familia, clase social, poder social—) e interacción social con sus procesos, movilidad social y relaciones étnicas, y la relación entre el cambio social y la política social, ya que ésta ha de estar pronta a recoger las realidades sociales para regularlas en su constante aparecer, cambiante y progresivo, en la vida social.

Los autores son de los sociólogos que creen que «la sociología debe ser estrictamente una ciencia, y, como tal, ha de ser éticamente neutral. La ciencia busca sólo el conocimiento que luego los valores de la sociedad determinan cómo se debe utilizar». La observación sociológica es objetiva y objetividad «significa la facultad de ver y aceptar los hechos como son, no como uno desea que sean» (pág. 23). Sin embargo, reconocen que ser objetivo no es fácil; el interés creado, el hábito, los prejuicios amenazan la objetividad del científico.

La sociología es, para Horton y Hunt, el estudio científico de la vida social del hombre. Y el hombre crea formas únicas de vida en el grupo, desarrolla ciertas costumbres, funda instituciones, crea valores. La sociología aplica métodos científicos al estudio de estos fenómenos; busca el conocimiento, no la reforma social, si bien la investigación



sociológica proporciona conocimientos que luego utilizarán los reformadores sociales. La sociología no es socialismo; éste es una filosofía social con un programa político, mientras que la sociología es una búsqueda de conocimientos científicos en los que, a veces, encontrarán los socialistas temas que harán servir a sus fines políticos.

Pero los fenómenos sociales son muy complejos, sutiles y están cambiando constantemente, lo que obliga a los sociólogos a cualificar cuidadosamente sus generalizaciones, siendo el punto central el de la vida del hombre en el grupo y el de los productos sociales de esta vida del grupo. Porque un individuo totalmente aislado es una abstracción que no se encuentra en la realidad; los grupos, la sociedad y los individuos no son fenómenos separados, y resulta tan arbitrario considerar al hombre aislado, que no existe, como imaginar la sociedad prescindiendo de los individuos. «El hombre se convierte en un ser humano por medio de la *socialización*»; y la socialización exige la experiencia del grupo, y así los grupos aislados no llegan a desarrollar la personalidad humana normal (pág. 118). Las personas son controladas principalmente mediante una socialización encaminada a que puedan desempeñar sus funciones del modo esperado a través del hábito y de la preferencia, y la «fuerza normativa de lo fáctico» es un factor importante en la vida social como configuradora de deseos, hábitos y costumbres, y, por tanto, del comportamiento del hombre en sus relaciones con los demás.

Pero para que una sociedad funcione debe tener un *orden social*, una organización en la que los individuos y los grupos sociales conjuntan los *determinantes sociales* del comportamiento. Los grupos y asociaciones, naturales o voluntarios, pasan a ser «instituciones» que, juntamente con la «idea de fin» a realizar postula necesariamente una organización jurídica que aseguren su funcionamiento. Y las instituciones están tan interrelacionadas que los cambios habidos en el seno de una institución afectan a las demás en una continua relación mutua.

La familia es la institución social básica. La clase social que determina en gran medida las oportunidades del individuo y condiciona el desarrollo de su personalidad, asigna a sus componentes privilegios y responsabilidades y, por lo tanto, contribuye a que se realicen las funciones necesarias para el mantenimiento de la sociedad. Actualmente—dicen los autores—el interés por la clase se ha trasladado a la teoría marxista del bienestar de clase, a la lucha por la movilidad social individual. Los cambios tecnológicos, económicos y gubernativos están reduciendo las diferencias entre las clases incrementando el volumen relativo de las clases medias y aproximándose a una sociedad de clase media (pág. 279).

De los procesos sociales, la competencia, la cooperación y el conflicto se dan en todas las sociedades y juegan gran papel en la vida del comportamiento y en la organización social. La cooperación impulsa a los hombres a asociarse en la consecución de metas comunes o recompensas compartidas; y la cooperación se puede encontrar en grupos tan reducidos como la diada (grupo de dos personas) y tan grandes como las Naciones Unidas. La competencia es la lucha o proceso de pretender monopolizar una recompensa superando a todos los rivales y esti-



mula la actividad individual y de grupo. De modo que incrementa la productividad total de los competidores. La competencia es inestable y conduce con frecuencia a la cooperación y al conflicto. El conflicto surge cuando la atención deja de centrarse en la pugna misma, para enfocarse en un esfuerzo para eliminar a los rivales; el conflicto de grupo puede producirse incluso cuando los miembros de los grupos implicados no albergan ninguna animosidad personal contra los integrantes de las facciones opuestas.

La movilidad social y el comportamiento colectivo lleva a los autores, para terminar, a tratar de los movimientos sociales, que son intentos colectivos de promover o resistirse al cambio, bien en las sociedades o en sus miembros. El cambio y la desorganización sociales, la movilidad, la marginalidad, el aislamiento social, el descenso en la escala del *status*, la falta de vínculos familiares y las inadaptaciones personales, son otros tantos factores que contribuyen a aumentar la receptividad a los movimientos sociales (migratorios, utópicos, reformistas, revolucionarios y de resistencia).

Sociólogos e historiadores han tratado de elaborar un ciclo vital «típico» de los movimientos sociales: una etapa de *inquietud*, de descontento ampliamente extendido; una etapa de *excitación*, en la que aumenta el descontento; una etapa de *formalización*, en la que la excitación de masas se organiza en una acción eficaz; una etapa de *institucionalización*, en la que el movimiento cristaliza en una burocracia, y una etapa de *disolución*, en la que un movimiento activo desaparece.

Así termina, y nosotros con ellos, el libro de sociología de los profesores norteamericanos Paul B. Horton y Chester L. Hunt.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

JASPERS, Karl: *Psicología de las concepciones del mundo*. Editorial Gredos. Madrid, 1967. 639 págs.

El pensamiento de Karl Jaspers ha estado presente en numerosas ocasiones en nuestro ANUARIO, como un gran filósofo que fue.

Recientemente ha fallecido Karl Jaspers, una de las grandes figuras de la filosofía y del pensamiento contemporáneo. Y si decimos de la filosofía y no de la psiquiatría, psicología y hasta de la política—que a todas estas ramas del saber dedicó algunas de sus publicaciones de postguerra—, es porque a la filosofía vino el docto profesor austríaco-alemán desde otros campos de la ciencia, y a la filosofía y a la filosofía del Derecho hizo muy notables aportaciones. Seguramente el existencialismo encuentra en Jaspers uno de sus más documentados expositores, sin incurrir en excentricidades ni nihilismos absurdos que tanto han prodigado otros. Precisamente en la superación de un insostenible «ensimismamiento»—que es individualismo egocéntrico como fin—Jaspers ve la posibilidad de trascendencia, como ve que las «situaciones límite» crean relaciones intersubjetivas que, por ello mismo, postulan